

## Las flores más bellas

ARCADI ESPADA

P. De policía, claro. Muchos años en el surco. Alguien capaz de sobrepasar la niebla literaria que envuelve al confidente y a su palabra.

—Para empezar, una cuestión. El confidente existe en la guerra, en la empresa, en el amor. Y existe para la policía y existe para el delincuente. Hay gente que vive de saber cosas y de contarlas. ¿Le suena?

—Ligeramente.

—Todo depende, entonces, del precio, de la categoría. Del *standing*.

—Confidentes, arrepentidos, periodistas... Ya lo veo.

—Y policías, claro.

La historia no es nada más que los descubrimientos propiciados por una suma selecta de traidores. El periodismo... por una suma de traidores. Con los traidores viaja, frecuentemente, un arduo problema moral: a veces dicen la verdad. Y esa verdad hay que usarla, y deja las manos pegajosas, como de sudor seco. ¿Los confidentes nunca mueren?

—Nunca. Pero han evolucionado. En Barcelona, en los años sesenta, por ejemplo, la cosa iba así. Tú lo tenías cogido por los cojones, por cualquier cosa, por cualquier trágala. "O te enteras de qué

va el rollo ese o te meto la *gandula*", que era como llamábamos a la Ley de Peligrosidad Social. Bastaba un informe policial para que el tío se pasara un par de meses en la cárcel. Ni jueces, ni historias. El tío solía avenirse.

—¿Cómo lo tenían cogido?

—Mil maneras: podías *enmarronarlo* en un asunto donde su presencia fuese secundaria y donde bastaba que tú elevaras el tono de la diligencia para que la pena se duplicara. O siempre podías echar mano del cajón... La vida siempre va dejando pequeñas huellas olvidadas.

—¿Era efectivo?

—Qué quiere que le diga... Los confidentes mejores, los importantes, no llevan ese nombre. Luego, es verdad que tú lo tenías por los cojones, pero a veces te dolían los tuyos, mirabas y allí estaba su mano. El también acaba por tenerte cogido a ti.

¡Sí, de acuerdo, tú te enteras que es un proxeneta, que tiene 20 tías liadas, muy bien, ya lo sabes! ¡Pero es que tú acabas yendo de putas con sus tías! Estáis en paz. En fin, económicamente tampoco eran tan rentables. Te daba una, pero te *tangueaba* en diez. No me convence el confidente. Me convence la confidencia.

P explica con una gracia triste algo más del submundo. El nivel más bajo, más ineficaz, más patético. Los ha sufrido.

—Toda comisaría tiene su *pesao*. Hombres o mujeres sin ninguna posibilidad de ser nada. Lo más importante que sucede en su vida son esas tres horas que se pasan despachando con el jefe de brigada. "Estoy detrás de un asunto, jefe, ¡qué asunto!". Cada semana es igual. De vez en cuando, muy de vez en cuando, algo de lo que cuentan nos sirve. Poco, pero nos sirve. Le diré lo que nos sirve:

un breve de su periódico. Esa misma tarde te vienen a ver. Traen el breve: ¡Jefe, ya le decía que era un asunto gordo!

P teme que una ley de arrepentidos trajera una repentina inflación en ese oficio. Sobre arrepentidos y confidentes, **Martí Gómez** y **Ramoneda** acaban de escribirse una de sus cartas estupendas. P opina que es mejor dejar las cosas, por el momento, en ese intersticio dudoso que ni la ley ni la ilegalidad acaban de cubrir por completo. Ese intersticio donde un informe puede ser decisivo para que un preso pase los fines de semana en su casa o se beneficie de otras redenciones; esos informes que deciden si uno pasa cinco o diez años en una cárcel o en un hotelito alambrado de una ciudad de provincias. P sabe también que el alto nivel del arrepentimiento se premia siempre con un silencio que puede durar una vida. Pero hay muchos más *pesaos* que grandes, decisivos arrepentidos.

—En lo de Olot, ¿qué tenemos?

—Mucha bruma y un tipo rondón, que no pudo nunca ser policía y que quiere sacar dinero. Si no se lo saca a la familia, se lo sacará a *La máquina de la verdad*. Pero alguien acabará pagando.

En el estiércol progresa y se hermosea la vida.